
Prólogo al libro "Nietzsche y la creatividad" El heredero de Dionysus" de Luis Fernando Araya*

Víctor Flury

Lo moderno y lo postmoderno en Nietzsche

En alguna parte, Roland Barthes afirma que "el significante nunca pasa de moda". Lo que denominamos realidad constituye apenas una pista -un signo-, en la que cada mortal labra el significado. La magia reside en que el signo sobrevive a sus significados temporales.

Nietzsche quería vivir entre significantes. Hasta llegó a urdir la quimera del significante puro: "Poder leer un texto sin ninguna interpretación", he aquí su utopía.

Esto suena contradictorio, ya que la lectura no es nada sin la comprensión. Pero es preciso que nos expliquemos.

La filosofía sin sobreentendidos de Nietzsche no busca el cero absoluto. Un supuesto inicial lo impide: el cuerpo. Por medio del cuerpo siempre nos hallamos situados, adquirimos una perspectiva, nos volvemos un punto de vista. Un punto de vista previo a cualquier discurso.

No hay conocimiento sin cuerpo, pues. Lo que podría ser desde luego una forma de interpretación, casi una fatalidad. Habrá que retomar la frase de Nietzsche y entenderla de acuerdo con la intención del autor: leer equivale en su idioma a un primer contacto con lo otro, con el afuera, a partir del cuerpo.

Ahora bien: existe una segunda vía a la que Nietzsche llama **interpretación** en un sentido estricto y que está referida al mundo de la cultura, en el que circulan los significados hechos por los demás.

Claro, todo nos viene en un bloque -el cuerpo que cargamos y la historia cultural- y no resulta sencillo deslindar ambos territorios. Quede claro, sin embargo, que Nietzsche rechaza lo segundo, las definiciones y sentires que los usos públicos han consagrado y que yo mismo he asumido como algo natural.

En Nietzsche tal posición de ascesis no implica fastidio ni descontento. Su obra revela, por el contrario, una auténtica **satisfacción novelesca**, la de ir a los orígenes, desmitificando sin piedad las creencias e ideas dominantes. Esta característica suya es esencialmente moderna.

* Universidad Autónoma de Centro América, San José, 1991.

Y él la empuña entusiasmado, un entusiasmo que a veces salta las transiciones, el necesario control de la lógica, dando a ratos la impresión de un estilo arbitrario: un argumento, por ejemplo, es aprobado, perdido de vista en seguida, devuelto a un primer plano de manera casual, provisoria. Lo que justifica en principio la crítica de la falta de un plan nietzscheano.

Es que el concepto de **plan** en Nietzsche es nuevo. Un día se reconocerá en su escogimiento del aforismo filosófico una especie de revolución permanente, despreocupada de la finalidad última, y, al mismo tiempo, la toma estratégica de sus obsesiones entre avances, marchas y contramarchas, rasgos que no hablan de un defecto estilístico sino de un riesgo existencial. Un riesgo que pagaría caro, porque el animal pensante se involucró en los abismos y cumbres que tanteaba.

Fernando Araya, en la introducción de su libro, señala como uno de sus objetivos el de rehabilitar al hombre Nietzsche: "...defiendo y reivindico -escribe- su voluntad de vivir, su pasión, su peregrinaje trágico y perseverante".

Quizá el **pathos** fragmentario de la obra de Nietzsche, de la que se podría decir que cada parte vale tanto como el todo, se halle justamente en aquel modo estratégico de abordar los problemas.

Lo cierto es que por la vía de su estilo, Nietzsche conecta con el presente, con un siglo que definitivamente es el suyo y que explica el atractivo de su figura en el país del pensamiento. Un interés que uno advierte en el joven estudiante, en el autodidacta y el erudito. Y que espolea el interés por la universalidad de este pensamiento, por su aclimatación en comarcas remotas, por su necesidad en suma.

La primera parte del libro de Fernando Araya formula explícitamente tales cuestiones, preámbulo obligatorio del núcleo central de **El Heredero de Dionysus: Nietzsche y la creatividad**.

El título indica ya la otra cara del poliedro: la lucha de Nietzsche por una semántica propia, una vez cumplida su tarea de demolición.

"El encadenamiento causal está por completo oculto a nuestros ojos. No hay ni espíritu, ni razón, ni verdad -relee Fernando en Nietzsche a propósito de la

Voluntad de Poder-, las citadas no son sino ficciones inútiles". Pero existen a su vez ficciones útiles, aquéllas que aumentan la fuerza de cada criatura y la hacen crecer.

Resulta notable cómo Nietzsche reasigna una función positiva a ciertos términos que la lógica ha identificado con la no-verdad: **ficción, simulacro, error**. Términos en los que ancla la creatividad nietzscheana, y que apuntan directamente a la capacidad ficcional del hombre.

He leído innumerables textos sobre Nietzsche, en donde el tema de la creación juega un papel circunstancial, el presente libro declara en cambio -y de ahí su mérito- que la creatividad es el epicentro del pensar nietzscheano, poniendo sobre el tapete una de esas propuestas cruciales que tardan en madurar, pero al fin maduran.

Así como Sócrates se dio cuenta de que el logos era la piedra del pensamiento y por eso fue el padre de la Filosofía, Nietzsche denunció que tanto lo objetivo como lo subjetivo emanan del inconsciente íntimo del filósofo, y por eso es el primer pensador posmoderno. A noventa años de su muerte, el libro de Fernando Araya certifica ese título y representa de paso un cálido homenaje al hacedor de La genealogía de la moral.

¿Qué es la creatividad entonces? Cuando Nietzsche habla de crear, habla de un poder, de una

voluntad de poder, lo que ha confundido a sus críticos. "Voluntad de poder en Nietzsche es más, mucho más que el simple deseo de dominio es también y fundamentalmente, capacidad de afirmar la vida en sus estructuras naturales, de colocar la voluntad propia en el devenir temporal y crear "espacios" inéditos para la acción individual y colectiva..." define Araya.

El poder radica en mí. Es urgente concebirlo no como un sustantivo sino como un verbo, un yo puedo, un impulso, una expresión del ser individual. Tamaña energía usa a la voluntad, no al revés. Nietzsche insiste en que debemos convertir lo involuntario en deliberado.

Pues bien: esa energía es, esencialmente, creadora. Crea el bien, el mal, el arte, las instituciones, el mundo entero.

La civilización ocultó semejante riqueza humana, fuente de toda felicidad y desgracia. La ocultó bajo disfraces que impidieron ejercer a cada sujeto la generosidad, la virtud dadivosa. Es hora de liberar un talento dormido por siglos.

El sueño de la **gaya ciencia** venidera, que no excluye la miseria y la sinrazón y quiere la risa junto con las lágrimas, planea una dicha que un día podrá llamarse **humanidad** "cuando el más pobre pescador reme con remos de oro". Así hablaba Nietzsche.